



Museo olvidado, historia perdida

■ Por Laura Rodríguez Fuentes



La primera vez que fui al Museo Provincial de Historia, me acababan de entregar la pañoleta azul. Nunca había visto un animal disecado y el globo terráqueo que allí exhiben me pareció gigantesco.

Ahora retorno a la institución y vuelven a impresionarme sus vitrinas. Sin embargo, me duele el estado constructivo del lugar, y que a media mañana nadie lo recorra. Ninguna visita ha llegado hasta el «Abel Santamaría».

Algunos lo achacan a la lejanía. En realidad, las causas van más allá de unos cuantos kilómetros que distan del «centro de la ciudad». Ciertamente está enclavado en un área poco atractiva y que la vida cultural no transcurre por esos parajes, pero bien vale la pena transitar por sus casi laberínticas galerías.

Hay quienes, carentes de sensibilidad, aunque sobre todo por desconocimiento, ven los museos como una edificación en la que se guardan objetos viejos. De ahí que Maida Pérez Alfonso, especialista principal de la entidad, haya dedicado gran parte de su vida a defender con pasión la misión educativa de tan importantes sitios.

Nadie imagina cuánta información ofrece cada una de las piezas conservadas en sus salas y almacenes. La prioridad sobrecendida a las teleclases, la falta de voluntad e, incluso, la desidia de algunos profesores hacia las actividades extra-curriculares, influye en la escasa motivación de los estudiantes. Ni hablar del poco interés hacia la historia local. A muchos jóvenes se les puede preguntar sobre la vida y obra de futbolistas famosos, como Lionel Messi o Cristiano Ronaldo, mas, lamentablemente, desconocen quiénes fueron Guillermo Lorda Ortigosa y Miguel Gerónimo Gutiérrez, patriotas santaclearños con una activa participación en las luchas por la independencia.

El Museo busca estrategias para acercarse a la comunidad, y promover las colecciones y los objetos originales que atesora. Organiza visitas dirigidas a todo tipo de público, desde los niños hasta los adultos mayores. También se ha trasladado hasta escuelas y centros de trabajo para ofrecer charlas, matutinos especiales y giras patrimoniales por la ciudad, y en estos momentos el plan de visitantes anuales ha aumentado. Además, en la biblioteca se prestan servicios de información para las investigaciones estudiantiles.

Sin embargo, aún muchas escuelas de Santa Clara lo ignoran. Tampoco se trata, como reafirma Maida, de cumplir simplemente con una tarea asignada por Edu-

cación, o de enviar a los muchachos solos a realizar tareas con preguntas, en ocasiones, mal enfocadas.

No es de extrañar entonces que por nuestras calles ande tanta gente ofreciendo información distorsionada sobre acontecimientos, edificios o personalidades de la ciudad. Mientras que el Museo Provincial recoge de punta a cabo, desde el primer piso hasta la segunda planta, gran parte de la historia nacional y de Las Villas en fotos, documentos y objetos invaluable.

Maida Pérez sugiere que los profesores empleen la institución para impartir allí clases de historia. No hay mejor conocimiento que aquel ejemplificado con la visualidad. Además, los especialistas cuentan con mayor información de la historia local en comparación con los libros de texto. La Batalla de Santa Clara, por ejemplo, trascendental para el triunfo revolucionario, no se aborda con profundidad en algunos libros de la asignatura de Historia de Cuba. Sin embargo, el estudiante podrá ver allí las botas o el arma usada por Roberto Rodríguez Fernández, el *Vaquero*, durante la toma de la ciudad.

A nuestro paso nos topamos con un trabuco naranjero, la reja del tamarindo fundacional, el bastón utilizado por el coronel Leoncio Vidal Caro, el estetoscopio de campaña del médico y general Juan Bruno Zayas Alfonso, y los machetes de los mayores generales Serafín Sánchez Valdívila y Carlos Roloff Mialofsky; sin contar la cantidad de especies de fauna u objetos arqueológicos en la sección de Historia Natural.

Los trabajadores del Museo Provincial hacen su mayor esfuerzo para todo parezca atractivo. Por desgracia, quedan techos sin reparar, la humedad corroe las paredes y la iluminación es deficiente en la mayoría de las salas.

¿Estarán esperando los responsables que el inmueble se derrumbe para luego levantarlo? Esa es la pregunta que Maida Pérez y sus compañeros de trabajo se hacen.

Mientras, y en espera del mantenimiento constructivo que precisa el edificio y que respalda la Ley 106 del Sistema Nacional de Museos de la República de Cuba, aprobada en 2009 por la Asamblea Nacional del Poder Popular, abren gustosos las puertas al visitante.

No dejemos que la memoria histórica de un pueblo se pierda, sea por destrucción física o abandono espiritual. No olvidemos nuestras raíces. Para saber adónde vamos y qué defender.



■ Por Idalia Vázquez Zerquera

El rostro refleja nuestro estado de ánimo, ya sea de alegría, tristeza, preocupación o mal humor. Si en una entidad que presta servicios a la población, las palabras de la persona indicada para atender al público fluyen con dulzura y amabilidad, el usuario sale complacido; pero si revelan falta de interés y sensibilidad, con respuestas evasivas, estamos en presencia de un trato con maltrato.

Situaciones como estas ocurren a menudo en establecimientos comerciales, y otros adonde necesariamente tenemos que acudir para realizar algún trámite, y requerimos de información precisa.

Si el cliente rebasa los 60 años y le cuesta trabajo entender los trámites a seguir, entonces el trato debe ser más esmerado, lo que no siempre sucede, y el interesado sale desorientado, sin saber qué rumbo tomar.

También nos topamos con recepcionistas agraciadas, que no tienen requisitos para ejercer su profesión, o con dependientas no dispuestas a complacernos.

Muchas personas acostumbran llevar al trabajo sus problemas personales, en lugar de dejarlos en casa. Un reto difícil, pero no imposible, pues quienes requieren de tu atención no son culpables de lo que les pasa.

Es cierto que los salarios no alcanzan, que los precios del agro son excesivos, mas ello no resulta motivo para incurrir en maltratos. En estos casos habría que tener presente el viejo —y en desuso— eslogan de la Gastronomía: «Mi trabajo es usted».

Pensemos en estas actitudes, que en vez de ayudar, ocasionan molestias y conducen a opiniones adversas en la población. Claro, hay excepciones que nos sorprenden, pues por lo general no estamos acostumbrados a tanta amabilidad.

En reciente visita a la escuela secundaria básica Gerardo Abreu, del consejo popular Virginia, en Santa Clara, me llamó la atención un mural en una aula que, de manera sencilla, transmitía valores a los estudiantes con tan

Tratos con maltratos

solo seis palabras mágicas: buenos días, gracias, buenas noches, permiso, por favor y disculpe, modales casi abolidos de nuestro argot cotidiano que urge rescatar.

Por último, insisto en recordar las célebres palabras de Charles Chaplin sobre el poder de la sonrisa:

«Una sonrisa cuesta poco y produce mucho. No empobrece a quien la da y enriquece a quien la recibe. Dura solo un instante y perdura en el recuerdo eternamente. Es la señal externa de la amistad profunda. Nadie hay tan rico que pueda vivir sin ella. Nadie tan pobre que no la merezca. Una sonrisa alivia



el cansancio, renueva las fuerzas. Y es consuelo en la tristeza. Una sonrisa tiene valor desde el comienzo que se da. Si crees que a ti la sonrisa no te importa nada, sé generoso y da la tuya, porque nadie tiene tanta necesidad de la sonrisa como quien no sabe sonreír».

Meditemos sobre el asunto.

Un fenómeno actual origina, en cierta medida, el despojo y la suplantación de la identidad de las comunidades, por obra y gracia de generalizaciones impropias que confunden y desvirtúan la realidad.

Este desvarío se sustenta en la manera errónea de enfocar desde hechos históricos hasta el lugar de origen de personajes ilustres, causantes de malestar en particular de los defensores, a ultranza, de su patria chica. Y no son pocos.

Sucede que en informes, periódicos y hasta en libros adjudican el nombre de la cabecera municipal para identificar sucesos o acontecimientos de localidades con arraigo y rica historia. Obvio, un municipio resulta una integración de diversas comunidades, grandes y pequeñas; pero cada una cuenta con su propia historia e idiosincrasia, que se deben respetar.

He visto, incluso en libros de historia, que adoptan la denominación del municipio para referirse a hechos acontecidos en otras localidades del mismo término municipal como si aquellas carecieran hasta de nombre.

La identidad se va forjando con el paso del tiempo, cimentada en el sentimiento de pertenencia que revela un conjunto de rasgos propios de una comunidad poseedora de características diversas. De ahí la valía de enaltecer lo autóctono, de prestigiar los valores de cada lugar, que, a veces, se descuida, no solo mediante la arbitraria utilización de los nombres, sino también relegando el estudio de la historia de cada localidad.

Resulta bueno conocer la nacional y la universal, pero es malo que las personas desconozcan, por ejemplo, cuándo fundaron el lugar donde nacieron y viven.

Tampoco se trata de ninguna minucia. La identidad empieza a fraguarse en el terruño natal, ese que todos tenemos prendido en el

¡Por favor!...

■ Por Nelson García Santos



alma y el corazón, que jamás olvidamos estemos donde estemos.

Por mal camino vamos si ahora despojamos de su nombre propio a las localidades para rebautizarlas con el genérico del municipio. O les cambiamos el lugar de nacimiento a las personas o tampoco especificamos, exactamente, los sitios donde ocurrieron los hechos.

Voy con un breve muestrario de suplantaciones, empezando por los famosos ostiones de Sagua la Grande, que realmente son de Sagua la Grande porque se extraen en sus áreas marítimas; las playas Ancón y Costa Sur son ubicadas en Trinidad, cuando en realidad están cercanas a Casilda; se refieren al central azucarero Uruguay, de Sancti Spiritus, que está en Jatibonico, y se escribe y habla del polo turístico del nordeste de Villa Clara, ubicado exactamente al norte de Caibarién. Y así, de seguro, usted puede engrosar esta lista.

Sobre los ilustres son amplísimos los cambios a la hora de ubicar su lugar de nacimiento. Ahora mismo al *Cuentero Mayor*, Onelio Jorge Cardoso se presenta, muchas veces, como encrucijadense, cuando en realidad nació en Calabazar de Sagua.

Los protagonistas de este cambio, quizás, aleguen que no resulta tan errado, porque en realidad lo es también por extensión al pertenecer esa localidad a Encrucijada. Pero generalizar esta asociación contribuye a oficializar una suplantación en este caso como en los otros narrados.

Para los calabaceños resulta un orgullo que Onelio haya nacido allí y escribiera cuentos inspirados en personajes de su propio terruño.

Entonces, a qué vienen estos despistes de utilizar arbitrariamente el nombre de los municipios para englobar a localidades que tienen su nombre e identidad propios. ¡Por favor!, lo único que nos faltaba.